

CIENCIA Y PERIODISMO

por Juan Gabriel Burnet-Merlin.

Se habla o se escribe mucho, contemporáneamente, sobre el derecho a la información.

Es innegable que, a la par de un derecho, el informarse es, para todo ciudadano, una absoluta conveniencia.

Se procede tan bien en la vida como bien informado se esté.

Este aserto vale tanto para lo que se refiere a las normas o modalidades de convivencia legal, como a los aspectos prácticos de la vida misma.

Para convivir correctamente es ineludible estar informado, hasta el punto de atreverme a afirmar que, junto al derecho a la información, rige la *obligación* de informarse.

No debemos olvidar al respecto que, desde la óptica de la licitud y la legalidad, cualquiera fuese la circunstancia que se enfrente, nadie puede alegar desconocimiento de la ley.

Algo similar se puede expresar con referencia a todo lo que constantemente evoluciona en el tránsito continuo de la humanidad, tanto en los diversos campos de las ciencias y las técnicas, como en las especulaciones intelectuales.

¿Cuál es el derecho de conocer?

Respondió en síntesis precisa el norteamericano Wesley C. Clark: "Consiste en el derecho a conocer aquellas cosas que son necesarias para la supervivencia y la búsqueda de la felicidad".

Empero, faltaría agregar a esto que, más profundamente, aparece como necesario pensar qué es menester conocer.

Allí se centra el debate ineludible. ¿Se deben conocer las generalidades o además se debe conocer lo específico?

Clark fue decano de la facultad de periodismo de la Universidad de Siracusa, Estados Unidos, y puso énfasis en señalar que el interés público por una expansiva gama de asuntos está en constante crecimiento.

Es necesario tener en cuenta que el interés público se refiere a los actos que afectan a vastos sectores de público y que conviene que sean regulados para beneficio de la sociedad.

Claro que aludimos a una autorregulación, no impuesta.

A este respecto, si se midiese el índice de crecimiento del interés público, se podría consignar que se ha intensificado con mayor velocidad que la propia tasa poblacional.

Es decir, que aumentó el crecimiento demográfico, se incrementó el conocimiento de la gente y al mismo tiempo se ha expandido la masa de conocimientos que la gente requiere.

También se habla, o se escribe, mucho de crisis.

Crisis económica, afirman algunos.

Crisis moral, pontifican otros.

No faltan los que aseguran que es la propia inteligencia, manifestación por excelencia del hombre, la que está en crisis.

En definitiva: la crisis de la cultura.

Y dentro de esa problemática se registra, nítidamente y cada vez con mayor aceleración, el aporte del progreso científico, tanto en sus aspectos teóricos como en los prácticos.

Recordemos que para el hombre del común, el objetivo primordial de la ciencia es buscar explicación para todos los problemas y los fenómenos.

Hacia adentro, las ciencias investigan.

Hacia afuera, informan a los hombres sobre los logros de tales investigaciones.

Han venido a substituir a la tradición literaria, a la filosofía, a la metafísica.

Se considera que lo no comprobable por métodos científicos es personal, subjetivo. No verdadero.

Leí de Pirandello que cada uno tiene su verdad. Pero que no se podrá acercarse a ella a menos de informarse adecuadamente de la existencia de cada componente.

Obtener información significa plantear interrogantes.

Y permanentemente se los plantean los científicos, quienes sienten que la ciencia y las técnicas emergentes no aportan soluciones absolutas.

Sí, en cambio, ayudan a determinar el sentido de la vida.

Ese sentido está hoy inmerso en una gran confusión, debido a la crisis de la inteligencia y a la anarquía enseñorada en la literatura, más destinada a la crítica destructiva que a la orientación creadora.

La ciencia es más seria que la literatura, en cuanto persigue la realidad objetiva.

Pero no puede prescindir del todo de lo literario, porque si no se comunica con el destinatario definitivo en oportunidad y suficientemente, simplemente se frustraría.

Para evitar tal frustración, la ciencia deberá ser comunicadora. Sus frutos, comunicados a la sociedad.

Solamente así podrá superarse la crisis de la inteligencia, una de cuyas manifestaciones más tremendas es la crisis de confianza y, consecuentemente, la crisis de autoridad.

El hombre contemporáneo ha sido frecuentemente engañado por las palabras y defraudado por la pérdida de autoridad en el campo de la política. Pero este hombre tiene aún posibilidad de enderezar los entuertos.

Sería más que preocupante, en cambio, que las distorsiones se registrasen en el ámbito de las ciencias.

Una buena investigación científica y una buena información sobre ella requieren, enfáticamente, el imperio de la libertad.

Pero ambos presupuestos exigen, al unísono, el respaldo de la responsabilidad.

Como dijo el cardenal Jean Danielou, desde su cátedra parisina, "es preciso que los

hombres libres se hagan hombres responsables".

El concepto de la responsabilidad tanto abarca al que informa como al que requiere información.

Quien requiere información, es bueno que seleccione inteligente y responsablemente a la fuente en que ha de abreviar.

Más importante que exigir y procurar calidad en la adquisición cotidiana de bienes o insumos materiales, es buscar la excelencia de la información, que ha de ser rectora en el quehacer esencial y sostén permanente de la convivencia humana.

Como parece obvio, al hombre del común no le es posible el acceso directo a las fuentes de la decisión, del poder o siquiera de la información que tan necesaria es.

Por tal motivo tendrá que recurrir a una intermediación idónea.

Esa intermediación no es otra que la aportada por los medios de comunicación social.

Es decir, para simplificar el uso de la terminología específica, la mediación del periodismo.

Estas manifestaciones generales tienen validez en cuanto también alcanzan a los conocimientos del hombre común sobre los cambiantes aspectos de la ciencia y de la técnica.

Dos circunstancias substanciales influyen en la apreciación de la situación en este campo:

1) La amplitud de la brecha existente entre los conocimientos adquiridos oportunamente a través de los instrumentos de la enseñanza primaria -que abarca a la gran masa de la población- secundaria y aún universitaria, frente a los que responden a la realidad puesta al día.

2) La ley de la aceleración de la historia, que deja en retraso a casi todos, salvo a los protagonistas de la propia evolución científica y tecnológica.

Tanto es así, que hace apenas un siglo, una persona medianamente ilustrada podía entender, con no excesivo esfuerzo intelectual, la marcha de las conquistas de los grandes investigadores.

Ya no es posible.

El cambio social, la afectación ecológica, la adecuación del hombre al medio, reciben

las tremendas sacudidas del progreso de las ciencias y de las técnicas.

Y si no se entienden correctamente las transformaciones constantes y en aceleración alucinante, el hombre verá degradadas las posibilidades de su íntima integración a ese progreso.

La comprensión de la acuciante fenomenología le será indispensable e ineludible.

Si no, el ensanche de la brecha resultará irremediable.

Pero al mismo tiempo que las dificultades para la captación de los aspectos esenciales de la ciencia y de la técnica en constante avance, se registran factores positivos, como son los que confieren, cada vez más, carácter de NOTICIA a todo lo que concierne a los aludidos conocimientos.

Así, el hombre medio se encuentra ante la ineludible necesidad de mantenerse en lo posible al día con tales aspectos, para no quedar dolorosamente rezagado.

Se podrá argüir aquí que existen medios específicamente dedicados a divulgar los progresos de la ciencia y de la técnica.

Son, como es notorio, los periódicos o revistas científicos.

En particular, son medios gráficos los más idóneos como vectores para este tipo de información o ilustración sobre las ciencias y las técnicas.

Pero en ellos influyen los límites determinados por factores económicos. El equipamiento necesario —cada vez más sofisticado— y el papel, cada vez más caro, tienden a limitar ese modo expresivo de la divulgación.

Los orígenes del periodismo científico se confunden prácticamente con el del periodismo mismo, hijo dilecto del gran invento de Gutenberg.

Los primigenios órganos así orientados surgieron a principios del siglo XVIII, a impulsos de instituciones tales como las academias de ciencias de París y Berlín o la Real Sociedad de Londres.

Cabe mencionar también como publicación profundamente interesada en el quehacer científico a La Enciclopedia orientada por Diderot a mediados de los 1700.

Con posterioridad, la difusión científica tiene tanto características de información como de distracción literaria.

En la época moderna ha habido un desarrollo acelerado de los recursos y las técnicas de la comunicación.

En UN SOLO MUNDO VOCES MULTIPLES, informe de la comisión internacional constituida en la UNESCO y presidida por el irlandés Sean Mc Bride, se manifiesta que el valor educativo de la información y la comunicación y su impacto en la formación de los espíritus revisten una importancia predominantes.

Más adelante, dice que, no obstante, todo esfuerzo en este sentido deberá tener en cuenta la índole específica de los dos conceptos: educación y comunicación, añadiendo que la interdependencia de la cultura y la comunicación es más acusada aún que la existente entre educación y comunicación.

También en este documento de la UNESCO se expresa que los progresos tecnológicos en materia de comunicación y de información parecen ya lo suficientemente adelantados para que sea posible prever sus tendencias y definir sus perspectivas, pero también presentir sus riesgos.

“La ciencia y la tecnología —completa el comité Mc Bride— progresan a este respecto de modo tal que podrán contribuir algún día a abolir las barreras entre las personas y las naciones. Esta tendencia es indudablemente irreversible, pero las consecuencias previsibles no son todas ellas necesariamente positivas.”

Insistimos, de todos modos, en que el periodismo escrito es el que mejor permite un manejo riguroso, prudente y efectivo para la difusión científica.

Un relevamiento efectuado por expertos en la materia señala que publicaciones de ese carácter llegaban al centenar en el 1800; al millar, medio siglo después; a más de 10.000 en el 1900, y a diez veces más en la actualidad.

De aceptarse como posible ese ritmo de crecimiento, en el advenimiento del 2000 podría encontrarse un millón de títulos, siempre, claro está, que la evolución de la informática no significare la adopción de técnicas y metodologías supletorias del periodismo gráfico.

Tales cifras, sin duda, expresan las dificultades emergentes de la llamada “explo-

sión informativa" a los mismos científicos, también para mantenerse actualizados, inclusive en lo que se refiere a sus propias especialidades.

Llamo la atención aquí a la circunstancia a que se hace referencia sobre la información para entendidos, dejando fuera al gran público, cuya capacitación convencional no alcanza para penetrar en la profundidad de los estudios avanzados o para captar comprensivamente el código comunicacional usado tradicionalmente por científicos y tecnócratas.

Ese gran público debe forzosamente recurrir a los medios colectivos de la información: prensa escrita, radio, televisión, a los efectos de recibir lo que le es preciso para mantenerse dentro de niveles adecuados de conocimiento.

Y esta canalización de necesidades y de soluciones exige algo ineludible: que quienes asuman la misión y la función de allegar al hombre común el conocimiento generado por la evolución progresiva de la ciencia y las técnicas, o sea los periodistas, puedan antes comprender cabalmente aquello que deberán transferir después al gran público.

A ese fin habrán de superar trabas generadas por el manejo de la terminología correspondiente.

Manuel Calvo Hernando, periodista español que ha dado un notable impulso a la comunicación volcada hacia la divulgación científica, dijo en su momento: "El lenguaje es la espina dorsal de la comunicación humana y al mismo tiempo la herramienta de trabajo del periodista para su comunicación con el público".

Y añadió de inmediato: "La terminología es probablemente el problema más importante cuando se aborda el tema de la difusión de la ciencia para el gran público".

Hay quienes consideran que la disciplina que más se ha complicado contemporáneamente es el léxico, debido primordialmente al aporte de la ciencia y la técnica, como fruto de los descubrimientos, los inventos y la creciente necesidad de contar con los vocablos que resulten adecuados.

Esto trae aparejado, para el caso de nuestra lengua, la admisión lisa y llana de términos nacidos de la traducción o adaptación

idiomática de tantas palabras aparecidas como resultado del progreso humano.

Incluye esta situación el uso difícilmente evitable de la jerga científica, aplicada a cada una de las especializaciones y forzosamente plagada de neologismos.

Otro estudioso de la problemática que estamos tratando, Juan Zaragüeta, también español, decía hace 30 años en el matutino ABC de Madrid, que "el saber científico consiste en un sistema de ideas claras y distintas en alguna especialidad o en general, con las que se forman juicios con arreglo a las normas de la lógica y con la finalidad de conocer la verdad desinteresadamente. Por el contrario -continuaba el opinante- el público en general vive de ideas vagas y confusas, discurre con frecuencia al margen de la lógica y pretende una verdad a tono con sus apetencias."

Frente a esa realidad han de proceder, de consuno, científicos y periodistas especializados.

La divulgación de informaciones sobre ciencia y técnica es de irrenunciable necesidad en nuestro tiempo, tanto como es polémica la cuestión sobre quién debe asumir, primordialmente, la responsabilidad de esa divulgación.

El científico, insistimos, debe poner en conocimiento del público sus realizaciones.

La cuestión estriba en el medio utilizado y la metodología seleccionada.

Parecería que fuese preferible que el periodista se encargase de esa misión, claro que a partir de la fuente de información precisa de los científicos y con el ejercicio claro y honrado del periodismo, sin perjuicio de la amenidad que atrae, pero con el ineludible respeto por el rigor de la verdad.

La comunión entre una y otra posición: que sea el científico directamente el propalador, o que operase como intermediario el periodista, terminaría por manifestarse en lo que ya se ha aceptado identificarlo como PERIODISMO CIENTIFICO.

Volveremos a recurrir a la precisión del Dr. Calvo Hernando para señalar que estamos hablando de un género periodístico que consiste en difundir la ciencia y la técnica a través de los medios de comunicación de masas.

Del análisis de estas indicaciones surge que existe una intensa interacción entre ciencia y comunicación.

La ciencia requiere del periodismo la posibilidad de hacer conocer a la opinión pública la utilidad de los hechos que genera y también para abrir caminos a su expansión, al repercutir en los ámbitos de su desenvolvimiento natural.

Por su parte, al periodismo le resulta de gran interés la fuente de información configurada por el progreso científico, materializado en multiplicidad de noticias.

A esta altura de la exposición conviene señalar que sin noticia no hay periodismo.

La noticia es la esencia de este quehacer, para cuyo tremendo desarrollo en los últimos tiempos tanto han contribuido la ciencia y la técnica concretando logros que han evolucionado desde el telégrafo, el teléfono y la teletipo, hasta la televisión y la telemática, así como todo lo que surgirá sin duda de un momento a otro en campos conexos, fruto de la electrónica y la informática.

Y ¿qué es noticia? podemos consultar.

De las definiciones múltiples y diversas que pululan por ahí, personalmente me agrada aquella que dice que noticia es la narración, en la forma más objetiva posible, de un hecho verdadero, inédito y de interés general.

Hecho verdadero, para no caer en la narrativa novelesca; inédito, o sea no conocido por el público hasta el momento de su comunicación, y que interese mayoritariamente a la colectividad.

Claro está que el periodismo, si bien tiene como nutriente principal y primario a la noticia, también exhibe y sustenta ideas, en sus aspecto de ideologías, opiniones y fantasías.

La forma por excelencia de las ideas recae en los artículos de fondo o editoriales de la prensa, en los artículos firmados por especialistas en las más diversas disciplinas y en los reportajes personales.

Los científicos tienen, en los artículos o entrevistas, canales abiertos para la difusión a título directo e individual.

Volviendo a la noticia, exposición de un hecho verdadero, nos encontraremos con un compromiso fundamental para el periodista,

a quien pueden hacerse recomendaciones básicas:

- No encarar la difusión hasta que se conozca y entienda correctamente el hecho desencadenante.

- No exponerlo al público hasta estar seguro de lo que se debe decir.

- Ser sobrio y prudente en esa exposición.

- Dar prioridad a los aspectos que más convengan al interés público.

- Evitar excesos de adjetivación.

- Dejar hablar a los hechos, lo que puede traducirse en que ha de tenerse más fe en la fuerza de los hechos que de las palabras.

- Usar un estilo claro y conciso, para facilitar la comprensión por el público.

Para penetrar con mayor energía en la cuestión del periodismo científico, podemos dar prevalencia a estos aspectos que lo caracterizan:

- Misión del comunicador de hacer comprensible el contenido difícil y complejo de lo científico.

- Oficio de intérprete de las exposiciones esencialmente técnicas.

- Actitud y aptitud de control, para vigilar - en nombre del público- los hechos o las decisiones que afecten a la comunidad, también en el campo de la ciencia.

En este planteo se ha de considerar la manera y la intensidad con que la ciencia y la tecnología revolucionaron, y siguen haciéndolo, las estructuras multiseculares de la sociedad, con influencia notoria en la vida humana, llevándola hacia un nuevo modelo de civilización.

Entonces, el objetivo que se persigue con la divulgación -o, si se prefiere, vulgarización- de los nuevos conocimientos aportados por científicos y técnicos, mediante los factores activos de la comunicación social, no es sino el de posibilitar el aprovechamiento de tales elementos. Se trata así de ayudar a la gente a conocer los progresos logrados en esos terrenos y a entender sus implicaciones en favor del futuro de la humanidad, en cuanto se dirigen a superar penurias, a cubrir falencias y a mejorar la calidad de vida en general.

Con tal finalidad primordial, el periodista tendrá en cuenta los niveles de capacidad o de absorción del público al cual envían los mensajes informativos específicos.

Para cumplir la misión de referencia, los periodistas esperan de los científicos una adecuada sensibilidad ante lo que es noticia de interés para el gran público.

Deberán tener amplia comprensión para la circunstancia, aceptando que al facilitar la labor periodística no están realizando un favor individual para el comunicador, sino que cumplen con uno de sus deberes para con la sociedad, destinataria ulterior y definitiva de sus afanes.

Para ello habrán de bajar de la "torre de marfil", dejar para sus reuniones exclusivamente profesionales la terminología especializada, aceptar la intromisión periodística seria en su ámbito de actuación y asumir cabalmente su misión de informar.

Los periodistas, a su vez, se atenderán a los principios éticos ineludibles de la profesión, resistiendo a la tentación de explotar los aspectos espectaculares o, más aún, sensacionalistas que pueden caracterizar -y que caracterizan habitualmente- los frutos sobresalientes de las actividades bajo estudio aquí.

Ya hace un cuarto de siglo se desarrolló en Buenos Aires una mesa redonda entre científicos y periodistas para intercambiar puntos de vista sobre la difusión de temas conexos.

El ya nombrado doctor Calvo Hernando recogió interesantes opiniones vertidas entonces, en su libro titulado "El periodismo científico-Misiones y objetivos".

Según se expresa en esa obra, el matemático doctor Luis Santaló opinó entonces que la señalada orientación periodística ha de informar sobre:

- Las novedades producidas en el campo de la ciencia.

- Los lugares de trabajo donde tales novedades tienen lugar.

- Las ventajas de la investigación científica.

- Los grandes problemas de la humanidad (alimentación, superpoblación, epidemias, enfermedades, conocimiento del universo, recursos energéticos) y la lucha librada por la ciencia para superarlos.

Además, consideró que la ciencia debe contribuir a que el hombre vaya adaptando su actuación al método científico.

Para que este propósito fuese realidad, sería menester estructurar una rama de hombres de prensa especializados, aptos para actuar de manera similar a la que protagonizan los críticos artísticos, comentaristas deportivos, politicólogos o parecidos.

Lógicamente, resultaría de suma importancia que tuviesen la preparación adecuada para captar en su integridad cada noticia y poder así, con mayor propiedad, proceder a la divulgación respectiva.

En lo que conviene insistir es en la seriedad y prudencia con que se manejará esta temática en los medios, en consideración a la forma y magnitud de su repercusión en el público y en los propios ámbitos científicos.

En los últimos tiempos hemos podido observar el tratamiento dispensado a asuntos de tanta trascendencia como el posible uso terapéutico de la sustancia llamada crotolina; los alcances siniestros del SIDA y en especial sus presuntas causales, y la irrupción angustiante del cólera casi en nuestras fronteras nacionales.

¿Podemos afirmar que ha prevalecido en todos los casos y siempre la indispensable prudencia y el apego incorruptible a la verdad y seriedad?

¿Se resistió, en grado suficiente, a la tentación de escuchar los cantos de sirena del sensacionalismo?

Es conocido que determinados sectores del público grueso reciben con beneplácito e inclusive reclaman ciertas cuotas de amarillismo y hasta de escándalo, si fuese posible, en el tratamiento de los grandes temas.

Se ha señalado que en los ámbitos populares logra buena recepción el periodismo de las tres eses, que responden a las iniciales de las palabras SALUD, SANGRE Y SEXO.

Atrapan al oyente, al televidente, al lector del común las cuestiones que ponen de manifiesto las aristas más filosas de esos temas.

No podemos ignorar que, en cierta medida, se juegan aspectos científicos en esos campos, porque intervienen la medicina, la criminología y la sociología en los problemas de mayor gravedad, así como otra vez la medicina y mucho la psicología en lo que respecta al sexo.

Pero por sobre esos factores sobrevuela la curiosidad innata del público y el ansia de explorar los remezones de las miserias humanas o las apetencias de los hombres en sus manifestaciones sociales.

Dijo alguna vez Miguel de Unamuno, en su obra "Del sentimiento trágico de la vida", que "la ciencia podrá satisfacer, y de hecho satisface en una medida creciente, nuestras crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y conocer la verdad, pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, la contradice. La verdad racional y la vida están en contraposición".

Esta aseveración de tan elevado intelectual tal vez explique, si bien no justifique, algunas distorsiones en el tratamiento de la información sobre fenómenos materiales y sus aclaraciones con fines de divulgación.

Los ejemplos más significativos de deformación, empero, se dan en el falseamiento de la información científica y, más todavía, en la real entidad de determinadas actividades con apariencias científicas, particularmente las que gozan de la aceptación popular.

De manera especial se encuentran en esta franja de las atracciones las investigaciones referidas a los fenómenos paranormales.

Volviendo a la consideración de la trascendencia de la ciencia y de la técnica, hemos de afirmar que la divulgación de esas disciplinas es una tarea común y solidaria de los dos elementos componentes de la ecuación científico-periodista.

Si la ciencia -reiteramos- necesita de los medios de comunicación masiva para llegar al gran público, el periodismo precisa de la ciencia como veneno de noticias de alto interés para la comunidad a la cual sirve.

Es insistimos que, si ha de ser rutinario el apego a la verdad para el ejercicio del periodismo, en este terreno de la información científica debe multiplicarse tal proclividad.

Los ideales de exactitud, objetividad e imparcialidad son partes integrantes de un ideal más amplio: el de la verdad.

No hemos de olvidar ni un instante que el hombre es el receptor por excelencia. Para él, entonces, ha de ser toda información, todo consejo, toda sugerencia, toda esperanza.

Cuando inició en 1967 una serie de jornadas mundiales de las comunicaciones sociales, el Papa Pablo VI apreció en su valor la contribución que la prensa, el cine, la radio, la televisión y los demás instrumentos de comunicación social ofrecen para el incremento de la cultura. Pero preguntó seguidamente si se pueden ignorar los peligros y los daños que estos instrumentos, aunque nobles, pueden acarrear a los individuos y a la sociedad, si no son utilizados por el hombre con sentido de responsabilidad, con recta intención y de acuerdo con el orden moral objetivo.

Cuanto más grandes son la potencia y la eficacia ambivalente de esos medios -añadió el pontífice romano- tanto más atento y responsable debe ser el uso de los mismos.

Existe, es cierto, un grave riesgo del divulgador: el sensacionalismo.

Si decimos que los medios de información social se nutren de noticias, estamos aludiendo a hechos extraordinarios, insólitos, reñidos generalmente con lo habitual.

Todos conocemos la definición: si un perro muerde a un hombre no es noticia. ¿Hay que esperar que el hombre muerda al perro?

De tal manera, la buena culminación de una investigación, un descubrimiento científico, constituye una noticia.

Allí salta el periodista para absorber los detalles, digerirlos y transferirlos a la generalidad pública.

De ningún modo puede soslayar el hecho. Su misión es la de dar noticias.

Lógicamente, tendrá que ubicarla en el contexto de la civilización y de las modalidades de la sociedad de la cual se nutre y a la cual sirve.

El hecho científico y su divulgación tiende a hacer participar al gran público de la aventura extraordinaria posible merced a la extensión del conocimiento.

Y aquí juega otro factor de trascendencia: En el análisis de las más modernas estructuras del derecho a la información se registra un interesante punto de partida, cual es el derecho a la instrucción o de la educación.

En nuestro caso, la noticia tiene siempre una misión educativa muy clara.

Merced a esta función se prepara al hombre para encarar bien pertrechado las transformaciones del mundo.

El desarrollo alucinante de la comunicación en una porción substancial del globo, perfeccionada con la generalización de la informática, configuran una nueva perspectiva para lo relativo a las relaciones entre la comunicación y la educación.

Por eso mismo no se insistirá suficientemente, por más que se haga, en la preservación de los aspectos éticos de esa relación y de las señaladas misiones y funciones.

A este respecto considero acertado recordar un acto significativo registrado en 1921 en tierra norteamericana. Se realizó allá el Congreso Panamericano de Periodistas, donde se adoptó como verdadero código esencial lo que expuso en su discursos el doctor Ezequiel P. Paz, a la sazón director del diario LA PRENSA de Buenos Aires.

“Informar con exactitud y con verdad; no omitir nada de lo que el pueblo tenga derecho a conocer; usar siempre la forma impersonal y cierta, sin perjuicio de la severidad y de la fuerza del pensamiento crítico; desechando los rumores para afirmar únicamente aquello de que se tenga convicción afianzada por pruebas y documentos; considerar que es preferible la carencia de una noticia a su publicación errónea o injustificada.

“Recordar, antes de escribir, cuan poderoso es el instrumento de difusión de que se dispone.

“Por último, consignar con letras de oro, sobre la mesa de trabajo, las palabras de Walter Williams, insigne hombre de prensa americano:

Nadie debe escribir como periodista lo que no puede decir como caballero.

Creo que no estaríamos errados si afirmamos que en este marco moral se engendró el periodismo argentino, desde la época del nacimiento de nuestra Nación.

Hipólito Vieytes, Manuel Belgrano, Pedro Antonio Cerviño fueron, durante el surgimiento nacional, hombres de prensa orientados hacia la libertad y los usos de la República.

Haciendo un poco de historia podremos recordar la aparición, entre otros periódicos -y corría el año 1801- del “Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata”.

Se editó en la Imprenta de Niños Expósitos.

En cierta medida, su factotum, el extremeño Francisco Antonio Cabello y Mesa, dio cabida a aspectos entonces relevantes de la ciencia, las artes y la filosofía.

Después, por iniciativa de Moreno, la Primera Junta de Gobierno patrio dispuso editar un periódico de interés general.

A través del tiempo, otros prohombres nuestros actuaron en el periodismo: Sarmiento, Mitre, Ovidio Lagos, José C. Paz estuvieron entre los más notables.

A los pocos días del pronunciamiento del 25 de mayo, precisamente el 7 de junio de 1810, apareció el número inicial de la Gaceta de Buenos Aires.

Su epígrafe calificadorio reproducía una máxima de Tácito: “Tiempos felices aquellos en que se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente.”

A caballo de ese acto fundacional, se adoptó en nuestro tiempo el 7 de junio como Día del Periodista.

En su víspera, me honro en evocar esa aparición, nada menos que en el ilustre escenario de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, así como destacar la valiosa contribución que para un mejor vivir del hombre se ha de lograr con la continuidad de esta alianza intelectual y espiritual entre los científicos y periodistas, en libertad y con responsabilidad.